

El origen del mal y del dolor

Muchos observan la obra del mal con sus desgracias y su desolación, y se preguntan cómo puede existir esto bajo la soberanía de un Dios infinito en sabiduría, poder y amor. Los que son propensos a la duda dicen esto como una excusa para rechazar las palabras de las Sagradas Escrituras. La tradición y las falsas interpretaciones han oscurecido la enseñanza de la Biblia concerniente al carácter de Dios, la naturaleza de su gobierno y los principios que rigen la forma en que trata con el pecado.

Es imposible explicar el origen del pecado como para dar una razón de su existencia. Sin embargo, puede entenderse lo suficiente con respecto al origen y a la situación final del pecado como para que resulte plenamente manifiesta la justicia y la benevolencia de Dios. Dios de ninguna manera es responsable del mal; no hubo retención arbitraria de la gracia divina ni deficiencia en el gobierno de Dios que diera ocasión a la rebelión. El pecado es un intruso por cuya presencia no puede darse ninguna razón. El excusarlo sería defenderlo. Si se pudiera encontrar una excusa para ello, dejaría de ser pecado. El pecado es el desarrollo de un principio que está en guerra con la Ley de amor, la cual es el fundamento del gobierno divino.

Antes de la entrada del mal había paz y gozo por todo el universo. El amor a Dios era supremo, y el amor mutuo entre los seres era imparcial. Cristo, el Hijo unigénito de Dios, era uno con el Padre eterno en naturaleza, en carácter, en propósito; el único ser que podía entrar en todos los consejos y los propósitos de Dios. "Porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo [...], sean tronos, poderes, principados o autoridades" (Colosenses 1:16).

Siendo la Ley de amor el fundamento del gobierno de Dios, la felicidad de todos los seres creados dependía de su armonía con los principios de justicia de esa ley. Dios de ninguna manera se complace en una lealtad forzada, y a todos concede libertad de elección, con el fin de que puedan rendirle un servicio voluntario.

Pero hubo uno que escogió pervertir esta libertad. El pecado se originó con aquel que, después de Cristo, había sido el más honrado por Dios. Antes de su caída, Lucifer era el primero de los querubines cubridores, santo y puro. "Eras un modelo de perfección, lleno de sabiduría y de hermosura perfecta. Estabas en Edén, en el jardín de Dios, adornado con toda clase de piedras preciosas [...]. Fuiste elegido querubín protector, porque yo así lo dispuse. Estabas en el santo monte de Dios, y caminabas sobre piedras de fuego. Desde el día en que fuiste

creado tu conducta fue irreprochable, hasta que la maldad halló cabida en ti. [...] A causa de tu hermosura te llenaste de orgullo. A causa de tu esplendor, corrompiste tu sabiduría". "Ya que pretendes ser tan sabio como un dios". "Decías en tu corazón: ¡Levantaré mi trono por encima de las estrellas de Dios! Gobernaré desde el extremo norte, en el monte de la reunión. [...] Subiré a la cresta de las más altas nubes, seré semejante al Altísimo" (Ezequiel 28:12-17, 6; Isaías 14:13, 14).

Codiciando el honor que el Padre había otorgado a su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiró al poder que era prerrogativa solamente de Cristo ejercer. Una nota discordante ahora echó a perder la armonía celestial. La exaltación del yo despertó pensamientos de mal en la mente de aquellos para quienes la gloria de Dios era suprema. Los concilios celestiales suplicaron a Lucifer. El Hijo de Dios presentó delante de él la bondad y la justicia del Creador y la naturaleza sagrada de su Ley. Al apartarse de ella, Lucifer iba a deshonorar a su Hacedor y traer ruina sobre sí mismo. Pero la amonestación solamente despertó resistencia. Lucifer permitió que prevalecieran los celos contra Cristo.

El orgullo alimentó el deseo de supremacía. Los altos honores conferidos a Lucifer no despertaron un sentimiento de gratitud hacia el Creador. Él deseaba ser igual a Dios. Pero el Hijo de Dios era el Soberano reconocido del Cielo, uno en poder y autoridad con el Padre. Cristo participaba en todos los consejos de Dios, mas a Lucifer no se le permitía entrar en los propósitos divinos. "¿Por qué –preguntó este ángel poderoso– Cristo debe tener la supremacía? ¿Por qué él resulta honrado de esta manera sobre Lucifer?"

Descontento entre los ángeles

Satanás abandonó su lugar en la presencia de Dios y salió a difundir el descontento entre los ángeles. Actuando con un sigilo misterioso, ocultando su verdadero propósito bajo la apariencia de reverencia hacia Dios, se esforzó en provocar el descontento hacia las leyes que gobernaban a los seres celestiales, insinuando que ellas imponían restricciones innecesarias. Siendo que los ángeles eran de naturaleza santa, insistía que debían obedecer los dictados de su propia voluntad. Les hacía creer que Dios había obrado con injusticia al otorgarle supremo honor a Cristo. Alegaba que no se proponía la exaltación propia sino que estaba tratando de lograr libertad para todos los habitantes del Cielo, con el fin de que alcanzaran una existencia superior.

Dios soportó por largo tiempo a Lucifer. Este no fue degradado de su posición exaltada aun cuando empezó a presentar declaraciones falsas ante los ángeles. Vez tras vez se le ofreció perdón a condición de arrepentimiento y sumisión. Se hicieron esfuerzos que solamente el amor infinito podía idear para convencerlo de su error. El descontento nunca se había conocido en el Cielo. Lucifer mismo, al principio, no entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Cuando se demostró que su insatisfacción no tenía causa, Lucifer se convenció de que los designios divinos eran justos y de que él debía reconocerlos ante todo el Cielo. Si hubiera hecho esto, se habría salvado a sí mismo y a muchos ángeles.

Si hubiera estado dispuesto a regresar a Dios, y hubiera estado satisfecho de ocupar su lugar designado, hubiera sido restablecido en su función. Pero el orgullo le impidió someterse. Sostuvo que no tenía necesidad de arrepentirse, y se entregó de lleno al gran conflicto contra su Hacedor.

Todas las facultades de su mente maestra se empeñaron ahora en una obra de engaño, para asegurarse la simpatía de los ángeles. Satanás afirmó que había sido juzgado erróneamente y que su libertad había sido restringida. De tergiversar las palabras de Cristo pasó a mentir descaradamente, acusando al Hijo de Dios de querer humillarlo ante los habitantes del Cielo.

A todos aquellos a quienes no pudo ganar para su lado, los acusó de indiferencia a los intereses de los seres celestiales. Recurrió a la distorsión de las palabras y actos del Creador. Su método consistía en confundir a los ángeles con argumentos sutiles en cuanto a los propósitos de Dios. Todo lo que era sencillo lo envolvía en el misterio, y mediante una perversión astuta arrojaba dudas sobre las más claras declaraciones de Dios. Su alta posición daba más fuerza a sus argumentos. Muchos fueron inducidos a unirse con él en la rebelión.

La deslealtad se convierte en revuelta

Dios, en su sabiduría, permitió que Satanás llevara adelante su obra, hasta que el espíritu de deslealtad se convirtió en revuelta. Era necesario que sus planes se desarrollaran plenamente para que su verdadera naturaleza pudiera ser apreciada por todos. Lucifer era grandemente amado por los seres angelicales y su influencia sobre ellos era poderosa. El gobierno de Dios incluía no solamente a los habitantes del Cielo, sino de todos los mundos que él había creado; y Satanás pensó que, si él podía llevar consigo a los ángeles en su rebelión, también podía hacerlo en los otros mundos. Empleando la astucia y el fraude, su poder para engañar era muy grande. Aun los ángeles leales no podían discernir plenamente su carácter ni ver a qué estaba conduciendo su obra.

Satanás había sido tan altamente honrado, y todos sus actos estaban tan envueltos en el misterio, que era difícil que los ángeles descubrieran la verdadera naturaleza de su obra. Hasta que no se desarrollara plenamente, el pecado no parecería ser lo malo que era. Los seres celestiales no podían discernir las consecuencias de apartarse de la Ley divina. Al comienzo, Satanás aparentó promover el honor de Dios y el bien de todos los habitantes del Cielo.

En su trato con el pecado, Dios podía emplear solamente la justicia y la verdad. Satanás podía usar lo que Dios no podía: la adulación y el engaño. El verdadero carácter del usurpador debía ser entendido por todos. Debía tener tiempo para manifestarse a sí mismo mediante sus obras malvadas.

Satanás culpaba a Dios por la discordia que su propia conducta había causado en el Cielo. Todo el mal, declaraba él, era el resultado de la administración divina. Por lo tanto, era necesario que se evidenciaran las consecuencias de los cambios que él proponía en la Ley divina. Su propia obra debía condenarlo; el universo entero debía ver al engañador desenmascarado.

Aun cuando se decidió que no podía permanecer más en el Cielo, la Sabiduría infinita no destruyó a Satanás. La lealtad de las criaturas de Dios debe descansar sobre la confianza en la justicia divina. Los habitantes del Cielo y de los otros mundos, al no estar preparados para comprender las consecuencias del pecado, no podían entonces haber visto la justicia y la misericordia de Dios en la destrucción de Satanás. Si él hubiera sido inmediatamente eliminado de la existencia, ellos habrían servido a Dios más bien por temor que por amor. La influencia del engañador no habría sido completamente destruida, ni el espíritu de rebelión erradicado. Por el bien del universo a lo largo de los siglos sin fin, Satanás debía desarrollar más plenamente sus principios, para que sus acusaciones contra el gobierno divino pudieran ser vistas tal como son por todos los seres creados.

La rebelión de Satanás había de ser para el universo un testimonio de los terribles resultados del pecado. Su gobierno debía mostrar los frutos de apartarse de la autoridad divina. La historia de este terrible experimento de rebelión había de ser una salvaguardia perpetua para todas las santas inteligencias, a quienes debía salvar del pecado y su castigo.

Cuando se anunció que junto con todos sus simpatizantes el gran usurpador debía ser arrojado de las moradas benditas, el dirigente rebelde confesó abiertamente su desprecio hacia la Ley del Creador. Denunció los estatutos divinos como una restricción de la libertad y declaró su propósito de obtener la abolición de la Ley. Libres de esta restricción, las huestes del Cielo podrían entrar en un estado de existencia más exaltado.

Expulsados del Cielo

Satanás y su hueste arrojaron la culpa de su rebelión sobre Cristo; declararon que, si no hubieran sido reprendidos, nunca se habrían rebelado. Tercos y desafiantes y, sin embargo, reclamando en forma blasfema ser víctimas inocentes de un poder opresivo, el archirrebelde y sus simpatizantes fueron expulsados del Cielo (ver Apocalipsis 12:7-9).

El espíritu de Satanás aún inspira rebelión sobre la Tierra en los hijos de desobediencia. A semejanza de él, estos prometen a los seres humanos libertad al transgredir la Ley de Dios. La reprobación del pecado todavía despierta odio. Satanás induce a los seres humanos a justificarse a sí mismos y a buscar la simpatía de otros en su pecado. En lugar de corregir sus errores, despiertan indignación contra quien los reprueba, acusándolo de ser la causa de la dificultad.

Usando la misma falsa representación del carácter de Dios que había practicado en el Cielo, haciendo que se considere a Dios como severo y tiránico, Satanás indujo al ser humano al pecado. Declaró que las injustas restricciones de Dios habían causado la caída del ser humano, al igual que habían causado su propia rebelión.

Al expulsar a Satanás del Cielo, Dios manifestó su justicia y su honor. Pero cuando el ser humano pecó, Dios le dio evidencia de su amor, entregando a su Hijo para que muriera por la raza caída. En la expiación se revela el carácter de Dios. El poderoso argumento de la Cruz demuestra que el pecado de ninguna manera

podía atribuirse al gobierno de Dios. Durante el ministerio terrenal del Salvador, el gran engañador fue desenmascarado. La atrevida blasfemia de su exigencia de que Cristo le rindiera homenaje, la malicia siempre creciente con que lo persiguió de lugar en lugar, inspirando el corazón de los sacerdotes y del pueblo a rechazar su amor y a clamar: “¡Crucifícalo!”; todo esto despertó el asombro y la indignación del universo. El príncipe del mal ejerció todo su poder y su astucia para destruir a Jesús. Satanás empleó a seres humanos como agentes suyos para llenar la vida del Salvador de sufrimiento y dolor. Los fuegos acumulados de la envidia y la malicia, del odio y la venganza, explotaron en el Calvario contra el Hijo de Dios.

Entonces la culpa de Satanás se destacó sin excusa. Había revelado su verdadero carácter. Las acusaciones mentirosas del diablo contra el carácter divino aparecieron con toda claridad. Él había acusado a Dios de buscar la exaltación de sí mismo al exigir obediencia de parte de sus criaturas, y había declarado que mientras el Creador exigía la abnegación de parte de los demás, él mismo no practicaba ninguna abnegación ni hacía ningún sacrificio. Ahora se veía que el Gobernante del universo había hecho el mayor sacrificio que el amor puede realizar, pues “en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo” (2 Corintios 5:19). Con el fin de destruir el pecado, Cristo se había humillado a sí mismo y había llegado a ser obediente hasta la muerte.

Un argumento en favor del ser humano

Todo el Cielo vio la justicia de Dios revelada. Lucifer había aseverado que la raza pecadora estaba más allá de toda redención. Pero la penalidad de la Ley cayó sobre aquel que era igual a Dios, y el ser humano estaba libre para aceptar la justicia de Cristo y, por el arrepentimiento y la humillación, triunfar sobre el poder de Satanás.

Pero no fue solamente para redimir al ser humano que Cristo vino a la Tierra a morir. Él vino a demostrar a todos los mundos que la Ley de Dios es inmutable. La muerte de Cristo prueba que la Ley es inmutable y demuestra que la justicia y la misericordia son el fundamento del gobierno de Dios. En el juicio final se verá que no existe ninguna causa para que el pecado exista. Cuando el Juez de toda la Tierra pregunte a Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí?”, el originador del pecado no podrá presentar ninguna excusa.

En el clamor que señaló la muerte del Salvador, “Consumado es”, sonó el toque de agonía de Satanás. El gran conflicto quedó entonces definido; la erradicación final del mal, asegurada. Cuando venga el día “ardiente como un horno [...] los soberbios y todos los malvados serán como paja, y aquel día les prenderá fuego hasta dejarlos sin raíz ni rama —dice el Señor Todopoderoso” (Malaquías 4:1).

Nunca volverá a manifestarse el mal. La Ley de Dios será honrada como la Ley de la libertad. Habiendo pasado por tal prueba y experiencia, la creación no se apartará nunca más de la lealtad de aquel cuyo carácter quedó manifestado como de amor insondable y sabiduría infinita.